

ESTA MEMORIA

Carlos Gutiérrez Alfonso
CESMECA-UNICACH

Vine a la Sierra porque al pie de ella, hacia la vertiente del Golfo de México, nací. Ahí viven aún mis padres. En la adolescencia abandoné mi tierra. Salí sin saber hacia dónde. Sólo había una certeza: el viaje. Y con ella misma, retorné, al final de la década de los ochenta del siglo pasado. El ansia de conocimiento interior no me condujo hacia territorios lejanos. Opté por el sitio que no había explorado del todo por mi partida tan temprana. Regresé sin saber tampoco qué habría de encontrar.

La aventura por la Sierra ha sido fundamental en mi existencia. Me fue dado recorrerla de 1987 a 1989, me fue dado tomar parte en la vida de sus pueblos, en la vida de su gente. En el primer lustro de la década de los noventa del siglo XX, me dispuse a escribir, bajo el amparo de lo que en el lustro siguiente sería el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, mi encuentro con esas voces. Ahora, cuando aún mi regreso a casa no ha sido anunciado (aún no he dado con Tiresias), debo considerar que en un momento, hace años por cierto, me invadió el temor de hablar por mí mismo. Temí ser rechazado por alguno que otro inquisidor por no ceñirme a los cánones de la disciplina antropológica. En el fondo, había en mí un deseo de escucharme.

Vencí ese temor en virtud de la libertad que se dejaba palpar en el departamento de investigación del Instituto Chiapaneco de Cultura. Por ello, escribí en aquellos años así: “el viaje ha sido arduo y placentero. Aquí estoy, con estas líneas en mi mano. El ansia por descubrir la verdad, ha quedado atrás. Ahora sé que la vida me depositó en un lugar, y en él me vi, en él empecé a escuchar la música de mis palabras”.

Al hacer mía esa libertad (la casa era amplia, de altas paredes; ahí, en una mesa, la máquina Olivetti, verde), cierto día me sorprendí al encontrar sobre la mesa un buen número de descripciones, que fui elaborando con el tiempo, acerca de tal o cual actividad de la gente con la que había convivido. Sin embargo, sentí que en ellas algo hacía falta, cierta música.

Esa música tal vez apareció en alguna línea, que no volví a encontrar sino años después. Esa línea es una anécdota: en la escuela de Antropología, al final de un semestre, no recuerdo cuál, una maestra pidió a los alumnos del grupo que elaboráramos un pequeño ensayo sobre no sé qué situación. Tuve la osadía de enseñar a la maestra el primer párrafo que yo había escrito acerca de ese texto. Leyó sin inmutarse y, sin más, me dijo: —Esto es poesía.

Por ese tiempo (principio de los años ochenta del siglo pasado), en la escuela de Antropología habitaba un espíritu marcado por un marxismo de tipo latinoamericano. Los maestros improvisados, la euforia por los movimientos sociales en Centroamérica, las redadas de la policía, la praxis social y las horas entre las telarañas, daban el toque elegante a la escuela.

Ya en la sierra, a la mitad del camino entre Motozintla y El Porvenir, me pregunté: ¿y la antropología? Volví para estar con mis padres, era lo único claro en mí. No tuve mejor oferta de trabajo: la plaza de antropólogo en el Centro Coordinador Indigenista de Mazapa de Madero; Centro dedicado a poner en práctica la política indigenista del Estado. Ocupar ese puesto significaba lograr el objetivo que me había planteado. Decidí establecerme con mis padres y viajar todos los días, por espacio de una hora, de Comalapa a Mazapa de Madero.

El camino, aunque pavimentado, sinuoso; constantes, los riesgos de derrumbes, sobre todo en época de lluvias. No por ello decliné en mi propósito: volver todos los días a la casa, aun en medio de la lluvia. La carretera va a la mitad del cerro; hacia abajo se ve lo que en un tiempo fue el río grande, los cultivos de rábano, cebolla, cacahuate; y en su tiempo, de maíz, en terrenos que los pobladores de la ribera han ganado al río.

Una vez salí temprano de la casa. Al cerciorarme que no había ningún taxi en el sitio, caminé una cuadra más para abordar la combi. Conmigo, en ese momento, contábamos apenas cuatro pasajeros. Faltaban siete para poder partir. En eso aparecieron tres hombres y una mujer. Uno de los hombres llevaba la cabeza tapada con una toalla, y el brazo izquierdo, amarrado, lleno de sangre. Había recibido un machetazo y se estaba desangrando. Los acompañantes, desesperados, instaron al conductor de la combi a apresurar la partida. Faltan tres pasajeros, dijo. El hombre herido, con la cabeza agachada permanecía absorto, en espera de recibir atención médica. No había sido atendido en Comalapa por no haber personal en la clínica que estuviera al tanto de los casos de emergencia. La opción: trasladar al herido a Motozintla. Yo, simplemente observaba. Por fin, cupo lleno.

A cada momento, el herido preguntaba: ¿Ya vamos a llegar? No todos los pasajeros iban a Motozintla. La combi hizo varias paradas. El herido no dejó de apretarse el brazo. Los otros dos hombres le ayudaban a mantenerlo en alto, en forma de escuadra. La mujer, en silencio.

Para el herido fue un viaje de muchas horas; para mí, de apenas hora y cuarto. Él quizá sintió cómo la vida se le iba por un brazo. Yo, al trabajo, como todos los días. Él, por un camino que tal vez ha recorrido en varias ocasiones; pero esta vez, herido, y con el dolor a cuestas.

El trayecto de ida y vuelta de Comalapa a Mazapa de Madero fue para mí una extensión de la casa. Con la misma disposición con que compartía ciertos momentos con mis padres, salía sin mayor preocupación. Sólo quería estar.

Siempre me llamó la atención encontrarme a las cuatro o cinco de la tarde en el Porvenir o en Canadá. Para las ocho de la noche, ya estaba en Comalapa.

Cierta ocasión, ya noche, esperaba algún transporte que me llevara a mi pueblo. Me sorprendió el ir y venir de un grupo de jóvenes. Entraban a la tienda, salían. Interrogaban a cuanto carro se parara enfrente de la terminal de autobuses de Motozintla.

Después de media hora de espera, apareció un taxi. Agarré mi lugar; los jóvenes hicieron lo mismo. Conversé con uno de ellos, me dijo que eran chujes de Camojá, del municipio de la Mesilla, Huehuetenango, Guatemala. Venían de las fincas cafetaleras y temían por su regreso. Si los descubrían en la garita de migración de Mazapa de Madero, podrían quitarles el dinero que habían ganado en la finca. Trabajaron quince días y pensaban volver al mes siguiente. Era un viaje que hacían cada año.

Hacia los meses de septiembre y octubre pude ver la cantidad de guatemaltecos que se trasladaban hacia las fincas, al corte del café. Permanecía atento, dispuesto a capturar los acontecimientos que ante mí transcurrían. Con tal actitud, salvaba los escollos de mi labor en el Centro Coordinador Indigenista de Mazapa de Madero.

El Centro Coordinador Indigenista de Mazapa de Madero fue fundado en marzo de 1978. En los primeros años de su labor, se buscaba que mediante las secciones técnicas (agronomía, zootecnia, economía, bienestar social, odontología y antropología) se realizaran actividades interdisciplinarias en las comunidades, con la supervisión de la dirección y con el apoyo de la administración. En la práctica había sólo acciones aisladas, con proyectos desarrollados con pocos recursos y de nula influencia en la comunidad.

En 1983, se llevó a cabo un estudio de microrregionalización, como parte de los lineamientos promovidos por el Instituto Nacional Indigenista (INI), para determinar las comunidades en que había de emprenderse un trabajo intensivo y, ahora sí, interdisciplinario. Durante este proceso de selección, gente de oficinas centrales del INI marcó las pautas a seguir. A pregunta expresa sobre la probable unidad de las comunidades de las Sierra, pregunta hecha por una de las personas que habían llegado de la ciudad de México, el ingeniero agrónomo contestó sin miramientos: —Las comunidades sí están unidas. Los asistentes a la reunión, que conocían la zona, miraron con asombro al ingeniero. —Sí, replicó él. Están unidas en su desgracia. Hubo risas. Al paso del tiempo, me di cuenta de que el ingeniero tenía razón.

Hubo una primera selección de diez comunidades. Luego se incorporó a cuatro más. Cada una, debió formar el Comité Comunitario de Planeación; forma de participación indígena avalada por el gobierno federal.

Considero pertinente indicar que esa forma de participación tuvo su génesis en la posición crítica, por parte de algunos antropólogos, con respecto a la función del Estado mexicano y su relación con la sociedad. Tuvo que ver también el auge y el peso adquiridos por los movimientos indígenas y campesinos, quienes demandaban participación en la toma de decisiones, y así sacudirse la tutela del Estado.

Cada mes había reuniones de consejo técnico, con la participación de los catorce presidentes de los comités comunitarios, los técnicos y el director del Centro, con el fin de dar continuidad a los proyectos financiados por el mismo instituto y apoyar a las comunidades en labores de gestión, ante otras dependencias del gobierno.

Cada comité disponía de una determinada cantidad de dinero para realizar algún proyecto productivo, exclusivamente productivo. Antes de esta forma de trabajo, el dinero de las recuperaciones de los proyectos se concentraba en México y se devolvía a la tesorería de la federación. Con la creación de los comités y del fondo comunitario se buscó que el recurso fuera recuperado y reinvertido en la comunidad.

Los proyectos del centro, para 1987, estaban encaminados hacia cinco áreas de trabajo: producción, alimentación, salud, vivienda y educación. El recurso financiero para estos proyectos procedía de dos fuentes: a) programación normal a través del presupuesto asignado al INI por el gobierno federal y b) programas especiales, con financiamiento federal, manejados por el gobierno del estado, denominados Programas de Desarrollo Regional. Los proyectos iban desde el suministro de fertilizante y semillas (digamos que mejoradas), hasta la construcción de puentes, bodegas y apriscos. Los recursos de cada proyecto pasaban a formar parte de la comunidad, la cual debía promover la recuperación para utilizar ese mismo recurso en otros proyectos. A este mecanismo de capitalización se le denominó “fondo comunitario”. Debo decir que no era una gran cantidad de dinero y que los proyectos, al final de cuentas, no dejaban de ser un paliativo.

Fue en este tiempo en que aparecí por primera vez en el Centro Coordinador de Mazapa de Madero. Hube de encargarme del trabajo con dos comunidades: Sabinalito, municipio de Amatenango de la Frontera y Nuevo Poblado, municipio de Mazapa de Madero (pude ser testigo de las migraciones de los habitantes de este lugar hacia Coatzacoalcos, Veracruz). Además, durante ese primer año de mi estancia, tuve a mi cargo la construcción de cuatro puentes. El antropólogo que había estado antes que yo, hizo los proyectos de los puentes. Por herencia, me correspondía llevarlos a feliz término. Acepté la encomienda, sin pronunciar palabra alguna.

Pronto percibí que en la cañada donde se asientan Motozintla y Mazapa de Madero era imposible sintonizar una estación de radio. Busqué una explicación: las condiciones geográficas determinan que la señal de la radio vaya y vengan, se mezcle con

otras; haya interferencia. Concluí que con esta imagen ilustraría la incomunicación en que se encuentran las comunidades de la región.

Un día, en Mazapa, a la hora de la cena, dos compañeros comentaron que habían ido al cine a Motozintla. Relataron la película: comentaron que hubo dos partes difíciles, no pudieron identificar las acciones del protagonista. –Le cortan a la película, dijo uno de ellos.

Ir al cine acá, pensé, es como la crónica del rumor. La primera vez se exhibe la película, en la ciudad, tal y como fue realizada, pero cuando llega acá, trae más parches que escenas originales. De pronto, entre los colores llamativos de un jardín donde los novios planifican su futuro, aparece un caballo que, corriendo, atraviesa la pantalla.

Esta imagen fue también de las primeras que tuve acerca de la Sierra. Una manera de ver a las comunidades, en sucesivas imágenes y dos escenas siempre: escasos recursos económicos y constantes desplazamientos hacia otras tierras.

En Mazapa, me sumé a un trabajo ya iniciado. No fui capaz de retener la calma. La inercia institucional me condujo a encargarme de los fondos comunitarios de dos comunidades, de la construcción de los puentes, de los becarios del INI, de lo que se acumulara en la semana y de la elaboración, cada mes, sin excusa ni pretexto, del acta del consejo técnico local. Acta que, como buena autoridad, revisaba el director del Centro. Aplicaba su fino criterio y modificaba ideas expuestas por él mismo o por los presidentes de los comités comunitarios. Cierta ocasión, el director del Centro nos pidió sugiriéramos qué hacer para reanimar las reuniones del consejo. Propuse que el director ya no coordinara la asamblea y que los presidentes de los comités dieran seguimiento a los acuerdos de cada reunión. Mi impresión era que hacía falta coordinación. ¿Las reuniones?, imprevistas.

Reunión similar, la convocada por el comité directivo de la región Sierra, con sede en Motozintla, y presidida por el representante de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). En ella participaban las dependencias que desarrollaban proyectos en las comunidades. Las instituciones participantes mostraban siempre su mejor cara. La SARH, servil. Una vez, el delegado de esa institución criticó a la institución por mí representada en los siguientes términos:

El INI no quiere actuar en conjunto con las otras instituciones, no ha querido acatar los lineamientos del Comité Directivo; una prueba palpable de la apatía del INI es que no participó en la promoción del voto.

La promoción del voto consistía en facilitar camiones de la institución para que los campesinos votaran, en la casilla correspondiente, por el partido oficial.

Alguna vez, en los primeros meses de mi estancia en la zona, llegué a pensar en la antropología. Me propuse hacer una investigación sobre los mochó. Sólo un intento,

simples nota, cuando uno de mis informantes me pidió una módica cantidad por la información que me proporcionaría. Buena técnica para ahuyentarme.

Llevado por la gracia de la imperfección y las vueltas burocráticas, consumía el tiempo de trabajo entre la averiguación, en la oficina correspondiente, sobre la energía eléctrica y el mejoramiento de la vivienda de Nuevo Poblado; el agua potable de Sabinalito, el levantamiento de los estudios socioeconómicos para la asignación de las becas, a alumnos indígenas, de educación media superior. Al momento de la decisión no pesaba tanto el criterio “indígena”; sólo, la falta de recursos económicos. Atendía las solicitudes de las alfareras y los productores de hortalizas de Sabinalito.

A veces recababa datos en otras dependencias del gobierno y en algunas comunidades; información, con fines prácticos. La utilizábamos para la elaboración de proyectos que sólo quedaban en eso, en proyectos, muchas de las veces.

Ahora recapacito. En vez de ir a las comunidades por los datos, me conformaba con solicitarlos en las dependencias que pudieran tenerlos. Me costó trabajo sacudirme la burocracia.

Mientras tanto, las comunidades se mostraban reacias a aceptar la nueva forma de operar los proyectos. Una sencilla razón: la parte alta de la Sierra no es una región productiva; apenas se obtiene lo mínimo para subsistir. El instituto impulsaba únicamente proyectos productivos. ¿Y cuál producción en la Sierra? Campos secos, quemados por el frío. El INI pretendía mejorar el cultivo de papa. Pero no pasaba de eso: pretensión.

Si alguna circularidad identifiqué en la vida de las comunidades no sólo fue la referida al ciclo agrícola. Se había incorporado otro elemento: los créditos. Los campesinos recurrían al INI en busca de recursos económicos; luego, pedían dinero en otra institución para pagarle a la primera, iban a otra para poder pagarle a la segunda. Un ciclo interminable.

Los representantes de los comités no veían con buenos ojos los criterios utilizados por el Estado para la dotación de servicios. Era una visión en la que se consideraba la productividad de la zona para realizar una gran inversión. A las comunidades de la Sierra, a pesar del voto emitido a favor del partido oficial, no las dotaban de servicios porque poseían nada. Aquí queda muy bien la aseveración hecha por el ingeniero agrónomo, con respecto a la unidad existente entre las comunidades de la región.

El Centro Coordinador sufría los embates de los recortes presupuestales. A principios de 1988 corrió el rumor de tal maniobra; se hizo realidad un poco más allá del medio año. Nos dedicamos entonces a jugar rayuela, a inventar una película que nos sostuviera sobre la tierra. Los fuertes aguaceros de septiembre de ese año provocaron el desbordamiento de los ríos, derrumbes en las carreteras; y la incertidumbre en la

gente asentada en las afueras de Motozintla al ver sus pertenencias arrasadas por el río. La burocracia, aun así, no dejaba de ir en ascenso. Las lluvias arrasaron los caminos; nosotros, reclusos en la oficina, con proyectos, papeles y decires.

Por aquellos días, otros compañeros y yo, escribimos un texto; expusimos los problemas existentes en la Sierra: baja productividad, falta de energía eléctrica, agua, vivienda, caminos, transporte. El documento caería en manos de algún asesor del candidato presidencial.

Todo me parecía sin sentido. La misma vuelta burocrática. Me llegaba el peso de la monotonía. Mis reflexiones y la poesía hacían menos pesados los días sostenidos por un escritorio metálico, un poco destartado.

Mi posición ante los acontecimientos no procedía de un claro dominio de lo que llegué a denominar: mi oficio. Cada palabra puesta en la hoja en blanco me dejaba lleno de dudas, con el corazón sin siquiera sufrir un cambio. Las palabras salían de mí, pero no podría precisar de qué parte de mi cuerpo. No las percibía ni en el alma ni en el pensamiento.

Mis compañeros de trabajo escribían informes y proyectos pendientes. Reían en el pasillo, comentaban los sucesos de la más reciente noche de licor. Yo salía del cubículo, me unía a ellos, para dar a entender que también había concluido con los pendientes. No había hecho más que escribir en el cuaderno mi dificultad para enfrentarme a las palabras. No sabía qué decir en un informe o en un proyecto. Todo me parecía carente de sustancia.

¿Pero qué sustancia buscaba?

No obtenía alguna respuesta. Cuando vi en retrospectiva aquello que había vivido, no pude no reflexionar sobre algunas cuestiones que devinieron necesarias:

A pesar de las estulticias de algunos de mis actos, tomé para mí que, cuando se pretende hacer ciencia antropológica, hay que considerar los límites del antropólogo que intenta descubrir el decurso humano. Hay un sitio desde donde observa. Y desde ese punto debe reconocer sobre todo que está en contacto con seres humanos. Debe también reconocer que este acercamiento influye tanto en él, como antropólogo, como en los hombres con quienes convive. Con lo anterior reafirmé que no buscaba al ser, desde la posición ontológica de la filosofía, sino a los hombres y mujeres en su cotidianeidad.

Lo que escribí (en hojas de papel revolución, mediante la máquina Olivetti, verde, que estaba sobre la mesa de madera, en aquella casa amplia de altas paredes), en aquellos primeros años de lo que ahora es el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, fue sólo un acercamiento desde esta posición descrita. Hacerme presente significó, lo intuí al apresar la libertad que se me brindaba, comprender la precedencia de mi discurso; asimismo, significó entender que sólo me fue dado disfrutar una fracción de ese discurso.

Y si las formas de vida rastreadas, descubiertas por el antropólogo deben manifestarse a través de la palabra, por lo menos ésta debe dar cabida a la riqueza, a la fuerza de los hombres descubiertos, me dije en ese entonces. El primer momento al que se enfrenta el antropólogo es el del descubrimiento de formas de vida. De ahí, si su ruta para exponer los resultados es la escritura, hay que tener presente que ésta es un hecho del lenguaje. Y como tal permite la creación de un universo: el universo descubierto por el antropólogo.

Si el contacto del antropólogo con cierta forma de vida se da a través de las instituciones gubernamentales, creo que no deja de ser válida la actitud explicada anteriormente. Creo además que sería benéfico para las mismas instituciones descubrir que encaminan sus acciones hacia hombres y mujeres que poseen una manera de sentir, de expresarse, de resolver sus conflictos, de interpretar lo que han vivido. Todo ello para una mejor relación entre quienes ofrecen un servicio y quienes lo reciben.

Mientras permanecí en la institución que me permitió recorrer la Sierra, experimenté, busqué, me fui llenando más de preguntas que de respuestas. Esas interrogantes fueron quedando en textos, en un afán por recrear el camino de mi vida; es decir, el camino de los hombres y mujeres que me han acompañado en esta búsqueda. Algunos de esos textos tuvieron cabida en el Anuario del Instituto Chiapaneco de Cultura, primero, y en el del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, después. Las interrogantes aún me acompañan; no las dejo, no me dejan; son un destello sobre la superficie por la que me desplazo. Sigo buscando hablar por mí mismo. Y ahora, al final de la primera década del siglo XXI, vuelven a mí con mayor fuerza las palabras de mi maestra, quien me dijo: —Esto es poesía. Unas palabras que aparecen traducidas así: “de allí proviene/ de allí deriva/ pienso ahora/ toda permanencia/ ¿qué más?” (Hugo Gola).